

# EL FARO DE LA JUVENTUD

SEMANARIO CATÓLICO REGIONAL

con censura eclesiástica

Año V EN CARTAGENA. 0 50 PTAS. DIRECCION Y ADMINISTRACION: CALLE S. DIEGO, 3 y 5. Esquelas y anuncios a precios según tarifa. Convencionales a Bancos y Sociedades. Toda la correspondencia y giros al Administrador.

PROVINCIAS, UN AÑO. 6 00. REDACCION: No se devuelven los originales. PAGO ADELANTADO.

Número suelto: 10 cts.

Cartagena 24 de Septiembre de 1921. Núm 96

## Por nuestros Soldados

Venia yo la otra tarde de vuelta de un viaje cercano y cuando llegué a Madrid, tuve la oportunidad de encontrar en el andén, un grupo de militares que marchaban para Melilla. Me esperé a presenciar la salida del tren que les había de conducir, y quise despedirlos yo también, ya que la oportunidad me colocó entre ellos.

En aquel andén ahogado por la te- chumbre de claraboyas, y el vapor de las locomotoras, se desarrollan escenas que ahogan el llanto en la garganta, y oprimen el pecho con la emoción. La muchedumbre se apaña junto a las ventanillas de los coches, y conversa con los soldados: ellos alegres por el futuro patrio de sus destinos, y emocionados por el sentimiento de los seres queridos que dejan.

Yo vi y oí despedidas del amor ma- terno y filial, doblegado ante los gloriosos impulsos del heroísmo patrio. Cuando una madre daba el abrazo más fuerte al hijo querido, oír que le decía: —La Virgen del Carmen te guarde, hijo mío.

Y partió el tren arrastrando sus uni- dades la fuerza del vapor. Resonó en el túnel de cristales, una salva de aplausos y vítores a España y al Ejér- cito valiente.

La emoción me dejó grabado en la imaginación aquel rato y aquellos radiólos de los soldados y del pueblo; pero más que nada recordaba las pa- labras de aquella madre que junto a mi lado se despedía abrazando a su hijo.

Yo pensé que la fe no ha decrecido; y que hoy como ayer, el guerrero que parte para el campo de acción, como la madre que queda en el hogar, confían en el auxilio de Dios y la protección de María. Seguí pensando como pien- sa un creyente; y llegué a sentir pesar, porque entre tantas despedidas, no oí más que una de fe y confianza.

¿Por qué—decía yo en el silencio— por qué no han de confiar todos en la protección del cielo y en el amparo de la Virgen?

¡Ay! es que muchos no tienen quien les diga palabras de consuelo como las de aquella madre. Ni tendrán tampoco quien les proporcione un escapulario para su pecho.

Yo sé que los soldados cuando es- tán en campos de batalla, aprecian mu- cho estas insignias de fe y piedad; yo sé, que cuando un ser querido les en- vía un monograma de nuestra Santa

Religión, ellos lo aceptan con júbilo, y no lo desprecian.

Aquella misma noche leo en un pe- riódico un suelto, en el que el autor muestra deseo de que se organice una junta de damas, con el fin de recaudar fondos destinados a obsequiar a los soldados de Africa con algunos regalos como testimonio de nuestra gratitud. Me pareció una idea excelente la del articulista, y creí que ha de encontrar eco favorable en la opinión pública.

Yo también quisiera como el artícu- lista, hacer algún obsequio a los solda- dos que defienden nuestra colonización de Marruecos. Y volviendo a mis ante- riores reflexiones, me pareció muy digno de atención exponer la idea de enviar también a los soldados de Afri- ca escapularios y medallas benditas, seguro de que ellos los aceptarán co- mo se merecen. Las Comunidades re- ligiosas, los que puedan hacer algún gasto, lo emplearían en una obra emi- nente cristiana y patriótica. ¿No es este el mejor obsequio?

Cuando en los ratos de encarnizada lucha, se acuerden de que junto a su pecho, muralla de balas enemigas, lle- van prendido un Crucifijo o una Vir- gen, seguramente la ferviente plegaria brotará de sus labios.

¡Hagámoslo, por Dios, por la Patria y por sus héroes!

La Historia, mejor dicho, las histo- rias narran hechos dignos de alabanza obrados por virtud del Santo Escapu- lario. En los campos de batalla siem- pre ha protegido a los que mueren en los azares de la lucha, y en los desam- paros de los hombres. Dios aceptará el postrer suspiro, que como un beso, estamparán en el escapulario.

LUIS M. CENZANO.

### Desde Murcia

### La fe de un pueblo y las ga- rras de un cacique

El martes 13 del corriente se verifi- có la traslación de la veneranda ima- gen de la Patrona de Murcia, desde la catedral a su Santuario del Monte.

Un gentío inmenso llenaba las pro- ximidades esperando el paso de la Virgen, a la que seguía también mu- chedumbre de devotos.

Al entrar en el templo los vivos fue- ron atronadores, las lágrimas de los fieles decían con su elocuente silencio, que aún hay fe en nuestro pueblo; que a pesar de los trabajos que la impiedad viene realizando por desterrarla, son muchos los corazones que no se dejan corromper, ni por los ejemplos, ni por los consejos de los que tal pretenden.

Como no conocía el origen de esta devoción, pregunté a un amigo mur- ciano que me acompañaba, y de él su- pe que, otra imagen que en Murcia se venera fue la primitiva Patrona de la capital, y que la actual debe su nom- bre de Fuensanta, a una fuente que en el monte existe.

Dije al amigo que a ella me llevaré y así lo hizo deteniéndonos al llegar al sitio en que en tiempos existió dicha fuente. Y escribo esto, porque al de- cirlo, yo impacientemente me condujera a ella me respondió: Pero ¿no la ve?

—Yo no, hubo de responderle, no sin antes fijarme en los alrededores.

Y entonces reparó él en mi asombro y me dijo: Bueno, es que está seca porque don Isidoro ha obrado, y como él es hermano de don Juan, y éste tan- to vale... no se han atrevido.

Pronto supuse que el don Isidoro y el don Juan serían los hermanos la- Cierva, cuyo caciquismo es célebre hasta en la China, y pregunté a mi compañero: ¿Y como consienten los Mayordomos de este Santuario, una ile- galidad tan monstruosa?

El sonrió, como compadecido de mi inocente pregunta, o como queriéndome mostrar que aquí en esta hermosa tierra de las flores, eso tan solo era un botón de muestra, que suéle exhibir día y noche el caciquismo, de los abusos y atropellos sin fin que se cometen y sin duda para que no le importunase nue- vamente, me dijo: El Cabildo catedral administrador de la Fuensanta trató de este asunto, y al comenzar a examinar los medios que pondrían para recupe- rar estas aguas, dijo uno que las obras que produjeron la sequía de la glorio- sa fuente las había realizado el señor Cierva y... allí cesó o casi cesó todo, pues luego se contentaron con que ese señor les ofreciera agua un día a la se- mana para regar.

¿Qué disparate, y los periódicos? ¿no es periodista ese Padre (me refería a un sacerdote que atengó al pueblo) que con tanto entusiasmo hablaba de la Virgen?

—Aquí los periódicos y sobre todo el aludido por ese Padre del que él es redactor creen que faltarían a su mi- sión si atacasen al cacique, que según ellos solo aplausos merece.

—Y ningún periódico católico ata-

ca el despojo de las aguas de la Fuen- santa?

—Uno solo EL FARO DE LA JUVENTUD de Cartagena.

—¿Y de Cartagena? ¡Qué vergüenza! Y la Virgen seguía despojada de sus aguas, que rinden pingües ganancias a sus despojadores.

O Z I  
Murcia 13 9 1921

### ¡Volverá triunfante y sano!

Ayer se fué a la guerra mi bien amado; ¡ay, cuánto lo he sentido y lo he llorado!

¡y lo he llorado!  
Pero él me dijo: ¡onta! ¡aja, esos lloros; veis qué bien me porto matando moros... ¡matando moros!

Virgen de la Pilarica, Virgen de la Pilarica, no le dejes de tu mano, que te respeten las balas y vuelva triunfante y sano, ¡que te respeten las balas y vuelva triunfante y sano!

#### II

Hoy he tenido carta de mi soldado; ¡ay, cuánto lo he leído y la he besado ¡y la he besado!

Me dice que está bueno y muy contento, y que de mí se acuerda cada momento!

¡cada momento!  
Virgen de la Pilarica, Virgen de la Pilarica, no le dejes de tu mano, que te respeten las balas y vuelva triunfante y sano... que te respeten las balas y vuelva triunfante y sano.

#### III

Llévose la guitarra y aunque está rota cuando no tira tiros, canta la jota, ¡canta la jota!  
Su fe en la Pilarica dice que es tanta,

que mientras yo aquí rezo, él allí canta... ¡y allí canta!

«Virgen de la Pilarica, Virgen de la Pilarica, no me dejes de tu mano, que como Tú me protejas, volveré triunfante y sano... ¡Que si Tú me lo protejas, ¡volveré triunfante y sano!

VIMON.